

Corín Tellado

Adorada mía



COLECCION
CORAL

Min detesta a su madrastra, una mujer déspota y sin sentimientos por la que no siente ningún aprecio. Min es inteligente, despierta e irónica y, sin proponérselo, consigue el trofeo máspreciado; pero a veces la soledad y la nostalgia se apoderan de las personas más seguras, y solo el amor puede llenar los vacíos del alma. Después de la tristeza llega la felicidad para Min, una felicidad inmensa y tranquila que le traerá una nueva vida.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Capítulo Primero

—¿Eres tú, Min? Ven hasta aquí, estoy en la terraza.

Min cruzó el lujoso vestíbulo, torció hacia la izquierda y empujó una puerta de cristales. Inclineda sobre una maceta, con la verde regadera entre las manos, estaba Natalia Selznick.

—¿Qué hay, Min?

La aludida se aproximó.

—¿Te ayudo?

Natalia alzó los ojos, sonrió y dejó la regadera a un lado.

—¡Ya terminé! —exclamó feliz—. ¿Fumamos un cigarrillo?

—Bueno.

—Vayamos al parque. En el sillón columpio estaremos mejor.

Bajaron una al lado de la otra. Natalia era rubia y frágil, de grandes ojos azules de bondadosa expresión. Min, morena, esbelta, flexible, de breve talle. Tenía los ojos grandes y rasgados, de color verde, y bajo el marco de sus negros cabellos, estos parecían más luminosos.

—¿Alguna novedad? —preguntó Natalia, dejándose caer en el columpio y extrayendo del bolsillo de la faldita

azul una rica pitillera de pro.

—Lo de siempre.

—¿Qué tal Helen?

Min arrugó el entrecejo. Hundida en el columpio, al lado de su amiga, dejó de mirar a esta y fijó los ojos en el césped.

—Peor.

—¡Qué mujer!

—¿Sabes, Nat? Me gustaría volver a los tiempos de colegiala. Era... estupendo todo aquello.

Nat se echó a reír con desenfado.

—Yo, no.

—No tienes motivos, pero yo...

—Eso pasará.

—¿Cuándo?

—Pues cuando llegues a tu mayoría de edad o... —y aquí se regocijó por su ocurrencia—, o cuando te cases.

—No pienso casarme jamás.

—Extremista, no.

—Es lo que pienso hoy.

—Hace años yo pensaba quedarme en el convento, y ya ves. Nada más ver el mundo, este me apresó en sus redes, y... eso. Adiós vocación.

—Lo mío es distinto.

—Porque es tuyo.

—A ti no te tocó sufrir.

—De una forma u otra todos sufrimos. Ya ves, yo temo que Dick no Vuelva.

—Son temores infundados. Dick te ama.

—¿Fumas?

Le ofrecía un cigarrillo. Min lo encendió y aspiró de él con voluptuosidad.

—Fumas con ganas —se regocijó Natalia.

—Es que en casa no lo hago. Helen me lo haría tragar.

—Qué mujer más antipática es Helen. —Y bajando la voz—: Me causa extrañeza que sea una de las primeras da-

mas del pueblo.

Su dinero.

—Es verdad. Pero también mi madre lo tiene y, no obstante, nadie se fijó en ella.

—Tu madre se ocupa solo de su hogar, de sus hijos y esposo. Helen, no tiene hijos ni esposo. Una viuda joven que quisiera volverse a casar. Y además, todos los centros de caridad dependen de ella. Es de risa, ¿no?

—Lo es.

—La mujer más piadosa, la más considerada, la más admirada... —sonrió como para sí sola, al tiempo de echar la cabeza hacia atrás y expeler el humo lentamente.

—Es lo que no puede tolerar en ti —rió Natalia con su habitual sinceridad. Que la eclipses.

—¿Que... qué?

—Eso.

—Pero, Nat. ¿Eclipsar yo a la gran dama?

—Con tu juventud, tu belleza... Porque eres muy bella, Min. Lo decía papá el otro día. «La chica de Robert Mithois es una auténtica belleza. Cuando tenga unos años más, será excepcional».

—Tonterías —respondió Min, con frialdad—. Tu padre me ve con ojos de cariño. No en vano era amigo de mi padre.

Se quedó callada, pensativa. Natalia inclinóse hacia ella y murmuró:

—Tu padre sería muy escritor y todo eso, en libros tendría fama, pero... tenía poca vista.

—Se enamoró.

—De una mujer que no lo merecía.

—¿Y qué es el amor?

—No empieces con tus escepticismos. Me pones carne de gallina.

—Mira, Nat. Te voy a decir algo que siempre pensé y nunca te dije. Adoré a mi madre. Era, y yo lo recuerdo muy vagamente, una mujer suave, frágil, llena de ternura. Mi pa-

dre buscó en ella el espíritu. Ahora que conozco un poco más la vida me doy cuenta de que mi madre fue para papá la ilusión espiritual de un buen escritor. Pero murió mi padre, papá vivió como una sombra. Dejó de escribir, se atormentó.

—Eso es lo que tú piensas —atajó Nat.

—Es lo que ocurrió, sin duda alguna. Por eso le disculpo. Dejó de ser un ente privilegiado. Se convirtió en un hombre vulgar, y este hombre se casó por segunda vez con una mujer hermosa y rica.

—No debes reprochárselo.

—Lo hice. Pero cuando murió le perdoné. El mundo puede creer que fuese feliz. Yo te digo que no. Nunca pudo volver a escribir. ¿Me entiendes? Con mi madre, papá conoció la perfección del amor. Fue un ser etéreo que vivió pendiente de una ilusión auténtica que tocaba todos los días. Con su segunda mujer fue un hombre que conoció el amor a secas.

—Ahondas demasiado.

—La vida me obliga a ello.

—¿Quieres que dejemos ese tema? No sé por qué te pregunto por Helen. Despierta en ti recuerdos que mejor estaban ahogados.

—¿Ahogados? No seas tonta. De momento nada más, pero los tengo presentes siempre como una espina dolorosa que tuviera hundida en la carne de un dedo y pugnara por sacarla sin conseguirlo, olvidándolo solo cuando duermes.

—¿Por qué no te haces escritora? Lo llevas en la sangre.

—No es fácil triunfar.

—Prueba.

—No sé lo que haré en el futuro. Por ahora, y mientras no llegue a mi mayoría de edad, prefiero adaptarme a esta vida simple y vulgar junto a mi tirana.

—La detestas.

—Con todas las ansias de mi ser. Y no solo la detesto por ser la segunda esposa de mi padre. Si le hubiera hecho feliz, nada le reprocharía. Pero sé que papá murió anhelando algo que jamás tuvo al lado de Helen.

—¿Qué te parece si olvidamos todo eso y nos vamos a dar un paseo? Tengo el auto junto al garaje.

—Vamos.

* * *

Se hallaba en la biblioteca. Buscaba un libro subida a una escalera.

—¿Qué haces ahí, Min? Baja.

—Busco un libro. El último que escribió mi padre.

—Los he quemado todos.

Min bajó de la escalera, la plegó y la apoyó contra la pared. Avanzó hacia su madrastra.

—¿Qué... dices?

—Los he quemado todos.

—¡Voy a odiarte, Helen! —exclamó con voz ronca.

La elegante dama sacudió su pañolito de encaje y se echó a reír con desenfado.

—Me odiaste siempre —dijo, alzándose de hombros—; pero no importa. A decir verdad, yo nunca te profesé simpatía; fuiste, junto con ese montón de papelotes absurdos, mi obsesión más temible.

—Ese pueblo que te admira —dijo Min, reconcentradamente—, esos hombres que se inclinan a tu paso, esos pobres que socorres, te odiarían si te conocieran como yo te conozco.

—Detesto las polémicas, querida. Sal de la biblioteca y ve a cortar un ramo de flores al jardín. Las necesito para el búcaro del salón. Recibiré una visita interesante esta tarde. Y te advierto —añadió con sequedad—, que pienso volver a casarme.

Min recobró la serenidad. Contempló a su madrastra con los ojos entornados. Era bella, arrogante y no aparentaba los treinta y cinco años que había cumplido recientemente. Hacía cinco que estaba viuda, y diez que se había casado con su padre; En aquel entonces ella tenía ocho, y supo desde el primer momento que odiaría siempre a aquella mujer. La odió, sí; pudo quererla. Una niña de ocho años se amolda pronto a una nueva madre. Pero Helen nunca lo fue. Muy al contrario, desde un principio fue su peor enemigo. La enviaron a un colegio, y allí estuvo hasta los diecisiete sin salir de Francia. Su padre la visitaba de vez en cuando y cada día parecía más envejecido.

Ni siquiera a la hora de su muerte la llamó. Le notificaron la muerte por medio de la superiora y esta misma le hizo saber que, por orden de su tutora, Helen Mithois, continuaría en el pensionado hasta los diecisiete años. No protestó. ¿Para qué?

—Supongo —dijo—, que una vez te cases podré marchar de aquí. Quiero ir a Nueva York, trabajar, vivir...

—No lo pienses. Has de estar a mi lado hasta tu mayoría de edad. Se lo prometí así a tu padre antes de morir.

—¿Y le prometiste asimismo atormentarme?

—¿Atormentarte? —rió Helen, regocijada—. Las muchachas de hoy sois incomprensibles. A mi lado no te falta nada. Has de saber —añadió despiadada—, que tu padre no dejó un centavo. Se lo gastó todo antes de morir. Y sus libros no producen dinero. Nadie los recuerda ya.

—Destruiste su fibra creadora, Helen, tú bien lo sabes. Te casaste con él sin amarlo. No supiste hacerle feliz.

—¿Te quieres callar?

—Sí. Lo prefiero.

—Déjame en paz. Y haz lo que te digo.

Salió, pasando por delante de ella. Helen la vio alejarse y la siguió con los ojos. Era... muy bella. Tenía una personalidad como la de Robert... Pero ¿qué importaba? De poco le sirvió a Robert tener personalidad si ella la doblegó con

la suya. Haría otro tanto con la hija. Era... demasiado bella. Demasiado decidida, y allí la única persona bella y decidida tenía que ser ella.

—Buenos días, Ned.

—Muy buenos, señorita Min. Hay que aprovechar los últimos días de verano, ¿verdad?

—Eso es, Ned.

—¿No va hoy la señorita a la playa?

—Más tarde.

Se inclinó hacia ella y preguntó bajo:

—¿Ya sabe la señorita la noticia?

—¿Qué noticia, Ned?

—Lo que todo el mundo cuenta por ahí.

—Vivo muy al margen de los chismes. No me interesan mucho, Ned.

Este tenía las grandes tijeras entre las manos y procedía sin interrupción a podar unos rosales. Hablaba sin dejar de trabajar, y Min, a su lado, llevaba a cabo el trabajo de cortar lilas y dejarlas caer en el cesto, también sin dejar de atender al jardinero.

Ned ya no era joven. Hacía tiempo que cumplió los sesenta años. Según decía estaba al servicio de los Blany desde que Helen nació. Tenía, pues motivos para amar a su ama, pero Ned era lo bastante justo para admirar al difunto señor y apreciar extraordinariamente a su hija. Min también le apreciaba. Era quizá la única persona a quien profesaba afecto en aquella casa.

—Señorita Min, todo el mundo comenta la llegada de Olivier Nayfack.

—No le conozco.

—Lo sé. —Y bajando la voz—: Tiene su historia. ¿No quiere conocerla la señorita?

—No me interesa mucho, Ned. Pero si quiere contarla...

Desde la terraza gritó la voz irritada de Helen:

—¿Terminas, Min?

Sin volverse, contestó:

—Al instante.

—Te estoy esperando. Y tú, Ned, presta atención a tu trabajo y deja a la señorita en paz.

—Se la contaré otro día, señorita Min —dijo Ned, muy bajo—. Es... interesante.

Min pensó que no habla nada lo bastante interesante en aquella casa que mereciera su atención.

Llenó el cesto de flores, y con él en la mano se alejó hacia la entrada principal.

Era una enorme y rica mansión. El palacio se alzaba altivo y frío (se lo parecía a Helen) en medio de un extenso parque. Lo rodeaba una alta tapa, y la puerta principal se hallaba presidida por una ancha y soberbia escalinata de mármol blanco y negro.

Era, a no dudar, la casa más rica de aquel pueblo americano que distaba cincuenta kilómetros tan solo de Nueva York. La meta de Min era la próxima capital, Nueva York, sí, allí donde nació y dio los primeros pasos y conoció el amor de su madre...

—¿En qué diablos piensas? —se impacientó Helen—. Detén tu cerebro y coloca esas flores en los búcaros del salón. Y hazlo con cuidado. Espero una visita.

—La doncella lo hace mejor que yo.

—Pero yo prefiero que lo hagas tú. Y ten cuidado —amenazó con fría voz—. Si lo haces mal (sé que lo sabes hacer mejor que nadie) volverás a repetirlo hasta que me agrade.

—¿Me concedes el privilegio de saber?

—También concedo —cortó fríamente— una soberbia mal adjudicada a quien, como tú, carece con qué adornarla. Eres una miserable criatura, Min —añadió cortante—, y pretendes ser una princesa.

Min se mordió los labios, y siguió su camino hacia el salón.

Capítulo 2

—¿Entramos?

Min alzóse de hombros. Lanzó una breve mirada sobre su persona y dijo:

—¿No consideras que es muy elegante la sala para mi humilde indumentaria?

Natalia aplastó las manos sobre el volante y comentó:

—Tu orgullo es desmedido. Yo, en tu lugar, lo reservaba para mejor ocasión.

—La ocasión es esta. Me quemaría un solo billete de esa mujer.

—Pero tienes que reponer tu ropero.

—No con su dinero.

—Acepta, pues, el que te ofrece mi padre.

—Tampoco.

—Min, ¿razonamos?

—No hablemos de eso. Estoy razonando de continuo. Natalia refunfuñó, pero la otra no le hizo caso.

—Parece mentira que tu padre no te haya dejado un centavo.

—No lo poseía.

—Sus libros...

—Produjeron dinero una temporada. Mientras trabajó. Se casó con ella, dejó de escribir, se le olvidó. Y ningún editor pensó en reeditar sus obras. Me dejó en poder de Helen.

—Él murió creyendo a Helen una buena persona. ¿Has probado a tratarla con...?

—No pienso hacer nada para atraer su cariño. Si no se compadeció de una niña de ocho años, ¿cómo va a compadecerse de una mujer?

—Eso es verdad. ¿Bajamos? Con tu falda y tu chaqueta de lana, estás monísima. Tú, Min, no necesitas grandes adornos para gustar a la gente. Llamas la atención de los chicos. ¿Y sabes por qué?

Alzóse de hombros.

—No me interesa.

—Pues debiera interesarte. Después de todo no pensarás quedarte soltera.

—Solo me casaré con un hombre que tenga el dinero suficiente para cubrir a Helen y ahogarla.

—¡Min!

—Ya lo has oído. Para mí, el amor... es algo pasado de moda.

—Cuando estábamos en el pensionado, soñabas con el amor.

—Entonces, Nat, creía en todo lo bueno de esta vida. Creía en el ser humano y en su bondad.

—No todo el mundo es como Helen.

—¿No sabes? —rio, como si de pronto recordara—. Dice que piensa casarse de nuevo.

—Estupendo. Te dejará en paz.

—Al contrario. Se conoce que su tutela sobre mí le causa placer. Dijo que solo al cumplir mi mayoría de edad me permitiría marchar.

—¿Y si te casases?

Min se echó a reír al tiempo de saltar del auto. Dio la vuelta a este y se quedó apoyada en la portezuela, junto a

Nat.

—Casándome —admitió, dejando de reír—, perdería la tutela sobre mí, pero no es cosa fácil encontrar un hombre que se case con una chica sin dote y dispuesta a vivir bien. Ese hombre, Nat —dijo con intensidad—, tendría que tener mucho dinero, y no creo que exista uno así capaz de cargar conmigo.

—Eres despiadada. Y, ¿sabes? Me estremezco al pensar en tu temperamento. Eres... demasiado apasionada. Y odias con la misma fuerza que amas.

—¿Entramos o no?

—Entremos.

Y descendió del auto. Cerró la portezuela y ambas avanzaron hacia la elegante sala de fiestas.

De pronto dijo Min:

—Me imagino lo que sería mi vida si al llegar aquí no te encontrase. En medio de mi amargura, Dios ha querido tenderme un cable para consolar mi soledad.

En aquel instante, un «Jaguar» escandaloso paró junto a ellas. Las dos se volvieron y se quedaron mirando al conductor del auto con expresión interrogadora.

El hombre descendió de un ágil salto. Era rubio, de un rubio cenizo. De acusadas facciones, duras estas y a la vez suaves. La suavidad, radicaba tal vez en los ojos grises. Eran grises, de mirar quieto, firme, penetrante, pero en el fondo tenían una extraña dulzura. Era de estatura corriente, de aspecto vulgar. Vestía ropas deportivas y las llevaba con despreocupación. No llevaba corbata, y por la camisa abierta se le veía el ancho pecho velludo, atlético.

—¿Quién es? —preguntó, Nat.

—Yo qué sé. Es la primera vez que le veo en el pueblo.

El hombre miró a Min de modo fijo. Y Min recibió la impresión de que la desnudaba.

—Vamos —dijo nerviosamente.

Y ambas desaparecieron tras la puerta encristalada.

* * *

El hombre las siguió. Min recibió la impresión de que le quemaba la espalda. Atravesaron la sala y fueron a sentarse ante la mesa que ocupaban siempre. El camarero se les aproximó.

—¿Qué van a tomar las señoritas?

—Té.

—¿Solo?

—Solo.

—Al instante.

Las miraban. Siempre ocurría igual. Natalia era hija de un opulento personaje. La otra, Min, era de una belleza sorprendente, y aun cuando vestía con sencillez ropas hechas por ella y Nat (esto nadie lo sabía), resultaba de un atractivo subyugador.

También las miraba el desconocido dueño del escandaloso «Jaguar». Y su mirada quieta, ni por un instante se apartó de Min.

—Le has fascinado.

—¡Bah!

—Parece hombre opulento.

—Vulgar.

—¿Granjero?

—Puede.

Se les acercó una amiga. Nat y Min dejaron de prestar atención al hombre que, recostado en el marco de una ventana, las contemplaba con atención.

—Hola, chicas, mucho habéis tardado hoy.

Se sentó frente a ellas. Ali estudió con ellas en el mismo pensionado. Conocía la historia de Min. A decir verdad, en el pueblo la conocía todo el mundo, pero no todos admitían la desconsideración de una dama que enriquecía cons-